

GLOSA SEMANAL
LA ANTORCHA DE HERO

Por el Lic. Enrique Guardiola.

DICE la fábula helena que los resplandores de la antorcha de Hero daban fuerza a Leandro para vencer las furias del mar y atravesar el Helesponto hasta llegar a los brazos de la amada.

Pero sucedió una noche que, airado el cielo, hizo soplar el boreas con fuerza tal, que los cuidados de la amada fueron vanos y la antorcha se apagó, dejando a Leandro sin norte, sin faro, sin estímulo, en mitad del mar bravío.

Leandro murió, tragado por las olas, imposibilitado de vencer los obstáculos, porque al faltarle la luz de la fe, faltáronle también las fuerzas de los músculos.

Gran verdad es ésta que el poeta griego nos enseñó en su fábula de amer.

Aplicuémosla a los pueblos, y tendremos explicados muchos éxitos que parecen milagrosos y explicados tendremos también muchos fracasos que se nos antojan imposibles.

La actualidad mundial no es más que una comprobación de la verdad de la fábula griega.

Inglaterra, la gran Inglaterra, que abatió el enorme poder de España y el gran poder de la Francia de Luis XIV y la avalancha napoleónica, es hoy vencida, a pesar de luchar al lado de las más fuertes naciones del mundo.

Francia la gloriosa, la de las altas tradiciones militares, la de las guerras homéricas, hoy no puede vencer a una parte pequeña de un ejército extranjero.

Rusia, la gran Rusia, que amontona legiones y legiones de hombres contra sus enemigos; la que venció a Napoleón y puso en aprietos a Prusia, se desquicia al choque de las falanges imperiales.

Y esas tres naciones de historia militar brillantísima, en torno de las cuales se han unido pueblos tan imponentes como Italia y los Estados Unidos, pueblos tan belicosos como Serbia y Montenegro, pueblos tan cultos como Bélgica y Rumania, son vencidas por Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía, a pesar de disponer del dominio mundial y a pesar de contar con más de mil trescientos millones de seres humanos a los que el enemigo sólo puede oponer menos de ciento cincuenta millones.

Es indudable que la fuerza material, la masa bruta combatiente, junta con la facilidad del aprovisionamiento, están del lado de las naciones de la Entente.

Por eso las buenas gentes que toman como axiomas las frases hechas, y que, en consecuencia, creen que las palabras atribuidas a Napo-

león, «la guerra se hace con dinero, dinero y dinero», no admiten ser discutidas tan siquiera, y las gentes que sólo ven en la guerra una lucha brutal entre muchos hombres, consideraron desde agosto de 1914, que la Entente era invencible.

Si por cada hombre y por cada millón de marcos que pusiesen a disposición de la guerra los Imperios Centrales, podían los pueblos de la Entente poner ocho hombres y ocho millones, ¿cómo seá posible la derrota de la Entente?

Y sin embargo, la realidad viene a desengañar a esos perezosos de inteligencia, a esos miopes de intelecto.

La guerra no es una lucha brutal, material, muscular o económica entre brutos.

La guerra es un proceso de selección a que se somete la Humanidad, cuando las civilizaciones han de cambiar de rumbo.

Por eso no vence el pueblo que acumula más soldados y más oro, sino el pueblo que acumula más ideales.

Los ejércitos no vencen por su fuerza, sino por su fe.

Si la antorcha de Hero no brilla al otro lado del mar de las dificultades, éstas, por pequeñas que sean, no pueden ser vencidas.

Y si esta antorcha, en vez de ser luz de amor, es tea incendiaria, entonces deslumbra a tal grado al que la sigue, que le impide ver la senda por donde camina.

He ahí la razón del fracaso de la Entente.

La falta de fe, la falta de una finalidad de amor en la esencia de la guerra que provocaron los pueblos acumulados por el odio inglés, por la codicia inglesa, por el capitalismo británico en contra de Alemania, y por el afán de conquistas ruso en contra de Austria-Hungría.

He ahí la razón del triunfo imperial.

Los deseos de salvar a la patria amenazada por ambiciones inicuas, la gran fe en los destinos de los grandes pueblos que luchan por el bien de la Humanidad.

La masa material está del lado de la Entente.

La fe, la fuerza psicológica, la palanca moral, está del lado de los Imperios Centrales.

He ahí la explicación del milagro de esta guerra.

Guardiola